

RENACER

El doctor está cocinando; en la sartén brinca una cucaracha de patas delicadas, su caparazón es rubio platino. El bicho aletea, baila y se retuerce salpicando aceite. El doctor le da vueltas a la olla y luego arrastra un bote de basura a la camilla, se sirve un café espeso y se suena la nariz. ¡Salud! Le contesta la cucaracha.

En la camilla, una muchacha se desnuda de la cintura para abajo; una mano muerta se desliza desde su rodilla rosada hasta los pies, le hace cosquillas y luego acaricia sus muslos; la falda de colegio está tirada al lado de la camilla. La mano del zombi juega en la entrada de su útero hasta que el bebé saca un pie, el zombi aprieta la mortaja articular del pequeño tobillo y jala hacia arriba, el bebé sale y se agita colgando boca abajo. El doctor le corta la aorta de un solo tajo y la sangre comienza a caer en el balde, la sangre cae a chorros, luego gotea y hace ondas circulares. Un lobo despeinado se acerca, su reflejo peludo crece en la superficie roja del balde, tiene en el hocico hileras de dientes, son enormes, algunos perforan sus propias mejillas, la nariz es negra como sus pupilas, como el cosmos. El animal bebe la sangre, lentamente, dando sonoros lengüetazos.

El zombi juega con la argolla atorada en su dedo anular hasta arrancar el dedo. Dedo y argolla ruedan hasta una alfombrilla. De la alfombrilla salen globos transparentes llenos de propano que suben por la habitación. Dentro, unos peces nadan en el gas. Con sus uñas, largas y sucias, el zombi estalla uno de los globos, atrapa al pez y se lo mete por la nariz. Alguien chilla. La cola se mueve fuera de la fosa nasal y luego desaparece.

Un cerdo descansa sentado en una silla de madera, por su nariz redonda y peluda salen burbujas de leche. El doctor le ayuda a ponerse la falda y el cerdo mueve sus largas y tiernas pestañas; le pone un gorro metálico con alambres y bujías, le amarra las pezuñas, le unta una pomada en el pecho afeitado y le fija con esparadrapo electrodos.

Una enfermera da vueltas en patines por el laboratorio; el lobo babea olfateando el cuerpo del recién nacido y se saborea el hocico. La enfermera le rompe la espalda con un palo de hockey, la escápula se

astilla, el lobo aúlla de dolor y se retuerce violentamente, volteando el balde, revolcándose en la sangre. La enfermera se acomoda la cofia y acuesta el bebé sobre una mujer-almohada de plumas.

La enfermera sube uno taco de electricidad y electrocuta al marrano, el olor a carne quemada es intenso, la luz se apaga y se enciende y la falda de cuadros escoceses queda chamuscada. El marrano lanza un chillido agudo que atraviesa la habitación como un cuchillo.

Los globos flotan pegados al techo de la habitación. En la pared del laboratorio se proyecta la silueta verde de la cucaracha que baila fritándose en el sartén. La silueta se rasca el carcinoma bajo el esternón. El zombi tiene clavado el chillido en la cabeza, la mujer-almohada con el niño a cuestas se arrastra sobre la camilla hasta tirarse en el bote de la basura, sus plumas se revuelven con los algodones y las hipodérmicas. Empiezan a salirle espinas por la columna vertebral al bebé, las espinas emergen desde muy adentro y crecen rápidamente, él gatea hasta asomarse por el borde del bote de basura y sonríe con gestos dolorosos. La enfermera se aleja patinando y cerca a la ventana, acomoda unos micrófonos y observa burros y caballos muertos y moscas que trazan símbolos sobre ellos, se escuchan cantos de ancianos. En el laboratorio se ven las marcas dejadas por los patines sobre los charcos de sangre.

El doctor cura con esparadrapo la escápula rota del lobo. Lejos, los ancianos hacen falsete y sonidos guturales hasta que su laringe se resiente, suenan tambores. El rostro de asesino en serie del doctor se ilumina. El bebé está aprendiendo a caminar con su espina dorsal adolorida, el zombi lo ayuda. El marrano chamuscado se para de la banca y se quita el casco y los electrodos, mira con sus ojos suaves al niño y con el hocico pequeño y hermoso lo olfatea y luego le da un beso en la frente, felicita a la madre. La enfermera se pone a mear como locomotora.

El porcino se acerca a la ventana y habla frente a los micrófonos, dirigiéndose a los caballos y a los burros: *-Lo hago por ustedes terrestres para alejar dolores del mundo, para traer un poco de esperanza, para demostrar que podemos vencer a la muerte.* Solo las moscas escuchan, El niño gatea hasta la ventana, observa, respira entrecortadamente; el aire que entra por sus narinas se escapa por su garganta cortada; sale de la habitación y gatea hacia el cementerio de jumentos. El puerco abre la nevera y toma un poco de leche.

En el cementerio el bebé continua gateando, sus espinas siguen creciendo, se enredan y le arrancan pelo a los caballos; le nacen membranas entre los dedos. Las voces de los ancianos cantores solo pronuncian consonantes y los golpes de los tambores rebotan en el ambiente. Al pequeño le salen branquias y sus ojos se hunden hacia atrás, comienza a decir para sí: *-por favor descansa, descansa... necesitas descansar...* Los ancianos cantan más lento al tiempo que el zombi susurra algo en su propio idioma: *- don't cry for donkeys and horses, they are in a better place now*. El lobo aúlla: *AuUU...* Los sonidos se vuelven una salmodia.

La enfermera baila con sus patines blancos. Frente al espejo el doctor desinfecta las quemaduras con alcohol, observando los globos que suben levantando el vestido de la enfermera. La muchacha pinta sus uñas de rojo. El niño susurra en la oreja de uno de los caballos: *Don't cry, rest, rest now*. De las cuencas vacías salen lágrimas y hormigas.

Máncel Martínez